

Mahón 3 Febrero 1905

EL PORVENIR DEL OBRERO

Luisa Michel

En el momento en que escribo, recibo la noticia de que Luisa Michel acaba de morir.

Todos estamos condenados á morir por la Naturaleza, y no tienen los revolucionarios que ostentar sus lamentaciones cuando la muerte, que nada respeta, siega sus filas. Pero cuando se trata de una militante cual Luisa Michel, de quien la vida ha sido una perpetua abnegación, es permitido el lamentarse sin esconder sus quejas.

Luisa Michel, que hasta sus adversarios (cuenta muchos adversarios, pero creo ningún enemigo) acabaron por admirarla, quedará delante del historiador como la encarnación más admirable de una época batalladora y sentimental. No quiero decir con esto que los luchadores de aquella época no tenían, como los militantes de hoy, sus razonamientos, sus teorías y su dogmatismo, sino porque rebosando de pasión heroica, vivían mucho más por el corazón que por el cerebro. Hoy es precisamente lo contrario, y «anarquista», que antes significaba ante todo un hombre de acción, tiende más y más á significar un hombre de hondas discusiones, al menos en Francia.

Luisa Michel, que tenía el concepto sintético de un mundo mejor, idealizado por su mente de poeta, no se ha detenido á buscar los pequeños detalles de tal mundo que podemos sólo vislumbrar en grandes líneas, á través de las nieblas y las borrascas de nuestra tan inarmónica sociedad. Nadie ha sido menos dogmático, menos intolerante. Verdaderamente libertaria, ella admitía para los otros el derecho de no sentir y pensar como ella en cualquier cuestión. Toda su fuerza intransigente la reservaba para la batalla, para el momento crítico en que no se trata de discutir, sino de vencer á toda costa ó morir.

Nació en la antigua provincia de Champagne en el año 1830, es decir, en el momento de la gran explosión romántica que revolucionó el arte y las letras, por el derribamiento de las viejas reglas y fórmulas.

Ella misma, como si hubiese respirado en el aire algo de este soplo poderoso, quedó perpetuamente á través de su vida de revolucionaria una gran artista romántica, amante de color, ritmo y belleza del gesto. Ha sido música, componiendo á veces piezas extrañas, dibujante de rasgos varoniles, ha sido también poeta, y en todos esos ramos, siempre ha tenido una incontestable originalidad.

Sin embargo, sus poesías, las más notables, no son á mi parecer sus versos, sino sus *baladas* y leyendas, á las cuales añadía un color y un sentimiento admirables y, sobre todo, su poesía más sublime fué su vida misma.

Institutriz en el barrio parisiense de Batignolles hacia fin del segundo imperio, Luisa Michel llegó por la poesía al republicanism. Ferviente admiradora de Víctor Hugo, á quien dirigió sus primeros versos, ella vislumbró en la república el ideal de libertad, igualdad y fraternidad humanas. Luego, cuando la república, organizada por los profesionales de la política, se presentó como la simple continuación del régimen imperial, quedando fiel á su noble ideal, Luisa Michel tuvo que llamar la anarquía.

Del entusiasmo poético, Luisa Michel llegó á la actividad de la lucha. Se ligó con los revolucionarios, principalmente blanquistas, conspirando contra el Imperio. Luego estalló la guerra, la derrota de los ejércitos franceses, y el 4 de Septiembre, que derribó el trono de Napoleón III. Durante el sitio de París, la institutriz redoblaba su actividad: sin abandonar á sus discípulas, es al mismo tiempo ambulanciera. Y cuando las tradiciones de los gobernantes y de los cobardes generales hubieron provocado la revolución de la Commune, al lado del pueblo, Luisa Michel se transforma en combatiente. Con el 61º batallón federado, de Montmartre, ella está en todas partes donde la lucha es más encarnizada: en Issy, les Moulineaux, Clamart, Neuilly; cuando entran en París los hombres del 61º, diseminados y cansados, ella sale de nuevo con otro batallón, pasando, en los dos meses de sitio, solamente tres días en París. En fin, cuando, merced á las indicaciones del picador Ducatel, entran los versalleses en la capital—un ejército de ciento treinta mil asesinos, emborrachados de sangre—, entra también Luisa Michel, que, con dos compañeros solamente, defiende una barricada en Clichy. Presa por los guardias nacionales traidores, llamados «del orden», Luisa Michel escapa. Pero se le informa que los bandidos, es decir, los soldados, valientemente se han apoderado de... su madre, siendo defensores de la familia. Inmediatamente va á constituirse prisionera para que se liberte á la pobre vieja.

No fué condenada á muerte en un momento en que los gobernantes, generales y soldados habían convertido París en un matadero. Creo que fué su audacia misma la que la salvó. Se la mandó deportada á la Nueva Caledonia, donde estuvo siete años, dando continuamente pruebas de un indomable carácter hacia los guardachusma y de una abnegación sin límites hacia sus compañeros. Al mismo tiempo, había vuelto á sus antiguas funciones de institutriz; enseñaba á los niños de deportados y de colonos, y enseñaba también á los canacos.

Sentía hacia estos «salvajes» desposeídos de su suelo por los hipócritas y brutales «ci-

vilizadores», una inmensa y fraternal conmiseración. Hubiera querido ir á los sitios más inaccesibles de la isla caledoniense á abrir escuelas para los pequeños indígenas, exponiéndose á que la hiciesen desaparecer los agentes del gobierno, y, sobre todo, los misioneros.

Vuelta á Francia con la amnistía, no descansó. «Los revolucionarios, decía el convencional Saint-Just, no pueden esperar descanso, sino en la tumba.» Escritora, conferenciante, profesora fué la antes agitadora revolucionaria.

Cuando en Marzo de 1883 intentan los anarquistas despertar la masa de los desheredados para quienes la república no ha sido otra cosa que una cruel ironía, Luisa Michel, en la Plaza de los Inválidos, marcha al frente de los manifestantes, llevando la bandera negra. Unos hambrientos empiezan á tomar panes en las panaderías, pero les dispersan la caballería y la policía republicana. ¡Es permitido solamente en la Bolsa robar! Luisa es condenada á seis años de detención y diez de vigilancia. Tres años después se la indulta, y entonces es necesario emplear la fuerza para arrancarla de su calabozo, porque rechaza esta gracia, mientras no estén libres todos los otros sentenciados. Por lo demás, pronto se ve condenada por delito de palabra en el mitin del Chateau d' Eau.

Libertada otra vez, Luisa publica novelas y continúa sus conferencias. En una, celebrada en el Havre, un cierto Lucas, fanatizado por los curas, le dispara dos tiros de revólver, hiriéndola en la cabeza, lo que no impide á nuestra compañera defenderle é ir á la Cour d' Assises á pedir que se le absuelva, lo que se hace.

En la víspera del 1.º de Mayo de 1890, Luisa Michel es arrestada en Saint-Etienne, donde ha pronunciado un discurso, y el Ministerio Constans prueba secuestrarla como loca. ¡Loca por querer justicia y libertad!

Salida de la cárcel entonces, nuestra amiga se marcha á Londres. En la monárquica Inglaterra encuentra la hospitalidad. Por cierto, el orden capitalista es tan atroz en Inglaterra como en los demás sitios, pero allá pueden vivir los proscriptos más libres que en otras partes.

Muchas veces ha vuelto nuestra amiga á Francia á hacer propaganda, sola ó asistida de compañeros. Ha hecho propaganda hasta el último día de sus fuerzas y de su vida en favor de las ideas de justicia universal por las cuales había combatido. Ha hablado por la libertad hasta el momento en que su pecho, cansado, no pudo emitir más su voz.

¡Que tal vida sea un ejemplo para la generación presente y las del porvenir!

C. MALATO

(De La Revista Blanca.)

Influencia desmoralizadora de la miseria

La paciencia y el valor con que las pobres gentes trabajan diez ó doce horas diarias para vivir miserablemente, es cosa que debería asombrarnos más que el crimen mismo. Es muy probable que los frenólogos hayan hallado en los cráneos de esos desdichados los indicios de la renuncia y de la resignación. Los criminólogos del delincuente nato atribuirán tal vez á la ausencia de atavismo, la honradez de los valerosos obreros de la ciudad y del campo. En realidad de verdad, esos rudos luchadores, que con frecuencia ni siquiera codician el lujo que sostienen, son honrados por que han nacido en un ambiente libre, no en la cloaca; por que no han conocido, desde su juventud, nada más que el trabajo y los sencillos goces de su condición humilde.

Ni los buenos principios, ni los buenos ejemplos les han faltado más que á las gentes honradas de superior condición. Por consiguiente son tanto criminales natos como hombres honrados de nacimiento, del mismo modo que todos los hombres. Y como, en suma, es más fácil y menos penoso tomar las cosas que adquirirlas honestamente, guardaos bien de colocar á esas honradas gentes en tales condiciones que sus necesidades no estén en relación con su salario. La cloaca de que hablé antes, está, naturalmente, más cerca del obrero que del rentista.

Hay, sin embargo, entre dichas gentes honradas, individuos más dados al crimen que otros, pese á la igualdad de condiciones. Ciertamente, pero del mismo modo que el hombre es más propenso al crimen que la mujer, de la misma manera que el hombre robusto y audaz es más inclinado á los crímenes violentos que el hombre endeble y tímido, porque, en resumen, cada género de conformación física está en relación con determinada especie de crimen practicable, siquiera no sea más que el incendio. Así el atleta será más propenso á golpear, el buen orador á arrancar aplausos; pero no por eso reputaremos criminal la fuerza muscular, ni la facilidad de elocución, ni la audacia, ni la agilidad, ni la destreza; no reputaremos criminal ni la violencia ni la astucia, cualidades definidas á posteriori del empleo vicioso de aptitudes muy honradamente utilizables.

Las necesidades de la adaptación al medio y de la lucha por la vida gobiernan la coordinación de nuestras aptitudes, su dirección y la naturaleza de nuestros actos. Por que ciertos actos sean contrarios al buen funcionamiento de la sociedad y se los denomine *anormales*—de donde, por antítesis, se designa con el vocablo *normales* los actos útiles y sus autores—no es razón para trasladar é introducir esta nomenclatura en el dominio biológico, oponiendo la palabra *normal* (entendida fisiológicamente) á la palabra criminal. Nada justifica semejante oposición.

Aptitudes muy normales fisiológicamente pueden ser empleadas en actos del mismo modo normales fisiológicamente, pero que bajo el punto de vista social sean reputados anormales como contrarios á la prosperidad del grupo. Todavía hay en este caso abuso manifiesto del término *anormal*, por que las sociedades actuales contienen en su funcionamiento normal innumerables causas de conflicto entre su propio interés y los intereses individuales. Y del mismo modo que las molestas consecuencias de nuestros errores nos llevan frecuentemente al reconocimiento de la verdad, así los crímenes sirven muy amenudo para indicar á las sociedades las reformas que deben acometer si quieren perfeccionarse.

Cada individuo tiene necesidades que satisfacer, necesidades primordiales ó secundarias que pueden multiplicarse al infinito y revestir formas tanto más variadas cuanto más el medio ambiente se complique á su

vez. Pero ocurre en toda sociedad, y principalmente en las sociedades muy civilizadas, que los individuos no encuentran todos las mismas facilidades, ni poseen, por otra parte, iguales medios de acción; hay entonces desproporción evidente entre las necesidades existentes y los medios anodinos de satisfacerlas: de aquí la lucha por la existencia y por el bienestar.

Al apreciar el valor intrínseco de los criminales, no debemos echar en olvido este hecho: que la mayor parte de los hombres honrados no tienen que privarse, ni se privan de ninguno de los placeres que constituyen la finalidad de los criminales y que la mayor parte des estos habrían tenido necesidad, para escapar al crimen, de virtudes muy raras. Entre los medios legales de satisfacción ofrecidos por la sociedad los hay fáciles y agradables, entre otros muchos los que consisten en gastarse las rentas del capital amasado por los parientes; los hay también difíciles y penosos, y estos son los que forman el dote de aquellos que la herencia del dinero no ha asegurado contra la llamada herencia criminal.

Para compartir legalmente los placeres ó goces de que son testigos, los llamados desheredados de la fortuna deberían hacer esfuerzos tales que de ellos no tienen idea alguna los rentistas natos. He ahí por qué si esos desheredados intentan seguir caminos tortuosos, es preciso, antes de considerarlos como seres monstruosos, preguntarse si uno sería capaz, en idénticas condiciones, de mantenerse dentro de la legalidad.

L. MANOUVRIER

Patrimonio del obrero

Pone como haber:

«Para su personalidad económica: la propiedad de sus patronos y gobernantes.

«Su personalidad humana: el desprecio y su esclavitud moral y material.

«Su soberanía: la autoridad que le gobierna y un nombre de ciudadano, jornalero, gañán ó peón.

«Su defensa: el militarismo que lo masacra, el juez que lo condena y el policía que lo flagela.

«Su holgura económica: el dinero, que no lo posee.

«Su alimentación: lo que se desperdicia en los festines de la burguesía.

«Su educación: una escuela antinatural que le engaña, y le preconiza su futura esclavitud político-religiosa.

«Su consuelo: una iglesia que lo explota y lo fanatiza, y millares de frailes que le predicán sumisión y obediencia á todos sus amos.

«Su moral: la prostitución, el juego y la embriaguez, con patente fiscal ó municipal.

«Su bienestar: un trabajo forzado é inhumano que en la flor de la juventud le aniquila y le mata.

«Su regocijo: la felicidad y el bienestar de sus explotadores.

«Su emancipación: el hambre y la miseria y la ignorancia.

«Su confraternidad: las patrias, los dioses y los gobiernos.

«Su afrenta: la estadística de sus crímenes.

«Su rehabilitación: la cárcel, el presidio ó la penitenciaría.

«Su porvenir: la caridad pública, el hospital y la fosa común.

«Su historia: el anónimo.

«Su solidaridad: la carga de todos los deberes, sin derecho á ninguna compensación.

«Su libertad: las leyes que le rigen y los códigos que le condenan.

«Su garantía, su libertad: las bayonetas, los sables, los fusiles y los cañones.»

He ahí en ese cuadro infame la triste herencia que, á través de la Historia, ha recogido el obrero como haber de su patrimonio y cuyas atrocidades las debe sufrir resigna-

damente, sin que de su lacerado corazón salga un sólo grito de protesta y rebeldía.

**

Ahora veamos el debe:

«Interesarse por el bien de la patria, que le niega su emancipación social y económica.

«Adorar á un Dios mitológico, que le asegura una imaginaria salvación y le condena á sufrir en este valle de lágrimas.

«Mantener el orden establecido, delatando, combatiendo y extirpando las manías libertarias de sus hermanos de trabajo, para matar los ideales de la revolución social.

«Alimentar y vestir, pródiga y generosamente, á toda la familia burguesa, de autoridades, frailes y militares.

«Honrar y respetar á sus opresores y explotadores, mostrándose siempre dispuesto á sacrificar su salud y su vida para obedecer á sus mandatos, por extravagantes que sean.

«Agradecer á su gobierno las cargas que le impone, y no murmurar en su contra para evitar la cárcel ó las bayonetas.

«Pagar religiosamente los impuestos, y no ver los privilegios y los crímenes de los tiranos.»

LUIS OLEA.

(El Obrero de Santa Cruz de Tenerife.)

La trompeta tocaba desesperadamente la partida.

—*Muchachos, dijo el soldado grueso á sus cuatro camaradas, es un oficio muy feo el nuestro. Nuestros sueños están turbados por las almas de aquellos á quienes hicimos morir. Yo he sentido, como vosotros, por largas y largas horas, pasar sobre mi pecho el demonio del incubo!... Hace treinta años que estoy matando: tengo ya necesidad de descanso. Allá abajo dejamos á nuestros hermanos. Yo conozco surcos fértiles, donde los arados reposan por falta de brazos. Quereis que probemos el pan del trabajo?*

—*Si, lo queremos—dijeron los compañeros. Entonces los soldados cavaron un gran foso al pié de una roca y allí enterraron sus armas.*

Descendieron hasta el rio y se lavaron las manos. Después, tomándose del brazo los cinco, desaparecieron en un recodo del sendero.

EMILIO ZOLA

Los de ayer y los de hoy

Nuestros abuelos les decían á nuestros padres: «Tomen ustedes, hijos míos, esta lira. Canten ustedes á la independencia, á la patria, á la libertad, á la fraternidad, á la paz y al amor entre los hombres.»

Y si algún chico preguntó: ¿Y el pan?—Con esas cosas se tiene el pan, le contestaron.

Estos muchachos, hechos hombres, se vieron con que eran: la independencia, un mito; la patria, una frase; la fraternidad, un imposible; el amor y la paz entre los hombres, lo mismo que la relación del perro con el gato. En cuanto al pan, no lo tuvieron.

Al ser nosotros mozalbetes, nos han dicho: «Hijos míos, nuestros tiempos, que eran malos, nos parecieron buenos porque tenían unas bases que se llamaban esperanzas é ilusiones. Vosotros no creáis en nada. Creed tan sólo en el trabajo, y en la independencia del trabajo. Conquistad el trigo y la carne. Cuando el mundo haya logrado eso, podéis pensar en lo demás;»—y esto es lógico, como es lógico que el hombre no se permita lujos hasta que no tenga su posición hecha y consolidada.

Y eso hacemos nosotros, la pobre generación presente. Trabajamos y luchamos por lo positivo, y llegados á la vida en tiempos de luchas y de fatiga inmensa, no nos parecemos á ninguna otra juventud. La de ayer fué dichosa, porque sin haber logrado nada, creyó tenerlo todo, merced á unas cuantas conquistas y á unas cuantas libertades que

las ilusiones agrandaron. La de mañana será dichosa, merced al trabajo de la juventud de hoy. Únicamente la actual, pobre juventud que vive en la época de transición, no gozará ni de lo ilusorio que ha pasado, ni de lo positivo que aun tardará en venir. Señalamos uno de los tres períodos de la historia, tiempo que yo llamaría crepuscular, que se encuentra tras de las llamaradas del siglo pasado y antes de los albores de otros días que vienen; mal tiempo, en que nosotros, trabajadores en lo obscuro para la realización del porvenir, no conseguiremos sino la noble satisfactoria certeza de haber sido, sin provecho ni gloria, continuadores del alegre ayer que no hemos presenciado y antecesores del triunfador mañana, que nos deberá mucho, que nos alegra mucho aunque no lo hayamos de gozar...

CLAUDIO FROLLO.

Las leyes protectoras

Cuando decimos que nada bueno pueden esperar los trabajadores de la generosidad de sus enemigos, no falta, entre los mismos trabajadores, quien nos tache de exagerados, y salen á relucir las leyes de protección á los obreros que figuran en los códigos de algunos países.

Pues bien, vean esos trabajadores lo que dicen los mismos inspectores oficiales encargados de hacer cumplir las leyes protectoras en la republicana Francia, que publica en *Les Temps Nouveaux*, el compañero P. Delesalle, demostrando que esas leyes son frecuentemente nocivas á los trabajadores en su aplicación.

Se trata particularmente de la aplicación de las leyes sobre el trabajo de los niños y de las mujeres y sobre la duración del trabajo de los adultos. Otras veces ha demostrado el mismo periódico que la ley sobre la duración del trabajo tenía por resultado el fomentar el trabajo á domicilio, menos remunerador para el obrero.

Veamos lo que dicen los inspectores oficiales:

«El inspector dimisionario de Limoges hace constar que en la industria de lencería los industriales proveen á las familias del campo de máquinas prestadas, con la obligación de trabajar únicamente para el patrono que las presta. Fábricas de bolsas de papel, de muselina, blondas y pasamanería, acuden al trabajo á domicilio en concurrencia con el del taller. *Esta combinación tiene por efecto rebajar la tasa de los salarios.*»

Otro inspector dice:

«En el departamento de Saône-et-Loire, los que negocian con bordados pagan á precios ínfimos la mano de obra efectuada á domicilio. Lo mismo ocurre con los tejidos de seda, aumentando así los industriales la producción de sus fábricas.»

El inspector de la circunscripción de Lille señala también los abusos que se cometen en esta región:

«Las causas de la reconstitución de los talleres familiares son evidentes: *escapar á la fijación de la jornada de trabajo, sustraer á los niños de la obligación de esperar la edad de admisión reglamentaria.* Entre otros, cita un hecho característico: un industrial de lencería fué condenado por emplear niños y niñas menores de la edad reglamentaria; después de la condena, el taller que ocupaban unas treinta mujeres y niñas fué disuelto; *las máquinas fueron transportadas á domicilio y desde entonces muchachas de diez y doce años pueden ir á trabajar á domicilio, con sus madres y hermanas, de doce á quince horas todos los días.*»

Los inspectores temen que con este régimen aumenten cada día los pequeños talleres, que escapan á la vigilancia y en los que la ley será letra muerta.

En Elbeuf el inspector señala hechos idénticos, habiendo llegado á ganar muchas obreras por término medio 7 céntimos por hora, y las más favorecidas de 10 á 18 céntimos.

El inspector de la circunscripción de Toulouse expresa también los inconvenientes y los abusos del trabajo á domicilio, que ha aumentado casi en todas partes, «notablemente en los grandes centros donde los almacenes de confecciones, de lencería y de sastrería dan trabajo para fuera. Estos talleres, *donde con mucha frecuencia las mujeres y los niños pasan la noche ó trabajan un número indeterminado de horas*, según que el trabajo sea más ó menos urgente, nos son casi enteramente desconocidos y parece difícil que intervengan las leyes de protección, hasta en lo relativo á la higiene, sin que haya violación de domicilio.»

Lo mismo declaran casi todos los inspectores.

Queda bien probado, dice el compañero Delesalle, que con el desarrollo del trabajo á domicilio la ley sobre la duración del trabajo de la mujer y del niño, esa famosa *reforma*, ha agravado la suerte de los mismos á quienes quería proteger, puesto que el trabajo á venido á ser más penoso, más largo y menos remunerador.

Tratemos ahora, continúa, del trabajo de los niños. La ley de 1903 prohíbe el empleo de niños menores de 13 años en las industrias. Esta ley, yo he podido comprobarlo, no se aplica en ninguna parte. Veamos lo que piensan los señores inspectores:

«Las pocas visitas del servicio no permiten prevenir el empleo abusivo de niños menores de 13 años. Frecuentemente esto se sabe por las quejas que vienen. Otras veces se tienen noticias de estas faltas por las informaciones sobre accidentes.»

Los patronos acuden á innumerables trampas y, bajo la amenaza del despido, los obreros suelen ser cómplices.

El inspector de Lille cuenta que en una fábrica de vidrio «un timbre eléctrico advertía al personal la llegada de los inspectores; los niños desaparecían por escotillón y quedaban encerrados en un sótano.» Descubierta la trampa, el director fué condenado á 25 francos de multa. A ese precio, bien podía continuar el juego.

Otro caso peor: En la alcaldía de Saint-Souplet (Nord) se destruían desde 1893 cédulas con fechas de nacimiento inexactas á los niños del país que no tenían la edad reglamentaria y hasta á todos los que las pedían y esto duró por espacio de once años.

Estos son hechos comprobados que confirman plenamente la ineficacia de las leyes.

Otro hecho no menos grave es que allí donde los patronos no pueden burlar la ley se niegan á tener aprendices y hacen trabajar á los adultos 12 y 13 horas, y á veces más.

El compañero Delesalle cita algunas informaciones de inspectores de varios departamentos y luego añade:

Podría multiplicar estas citas hasta el infinito, pero las apuntadas me parecen más que suficientes para demostrar una vez más que, lejos de proteger á los niños empleados en la industria, la ley les impide, en muchos casos, poder aprender el oficio en que más tarde han de ganarse la vida, y obliga á los padres á trabajar más largas jornadas esperando el día en que los hijos, á su vez, podrán entrar en el taller. Que se examine la ley bajo todos sus aspectos, y se verá que es mucho más dañina que protectora. Si echando á los niños del taller se diese por otra parte la posibilidad de perfeccionar el rudimento de instrucción que han podido adquirir en la escuela primaria, menos mal todavía. Pero no es así; teniendo los padres necesidad de ayuda para criar á los más pequeños, envían los mayorcitos á explotar trabajos inferiores, que no les permitirán ganarse la vida cuando sean hombres.

El análisis sumario que acabamos de hacer de los relatos oficiales confirma bajo todos los puntos de vista las críticas que he formulado diferentes veces sobre esa famosa gran reforma que la ley llama de las diez horas.

Bien se vé que los inconvenientes son

mayores que las ventajas, pues desarrollando el trabajo á domicilio, menos remunerador, se obliga á las mujeres á aumentar el número de horas para compensar el salario perdido. El trabajo á domicilio solo es ventajoso para los patronos, que encuentran mucho beneficio en la disminución de gastos generales necesarios para sostener un taller.

Para los niños que pretende la ley defender, donde no es burlada resulta que agrava la situación, echándoles al montón de los trabajadores sin oficio, los eternos sin-trabajo, los más miserables de los proletarios.

Los trabajadores nada, absolutamente nada pueden esperar de una ley para disminuir las horas de trabajo. Solamente cuando ellos lo quieran, cuando sepan imponerlo á sus explotadores, se hará la reducción verdadera. Entonces, solamente entonces, se habrá dado un paso hacia la emancipación, porque «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

Hasta aquí Delesalle. En España hemos visto también cuanto falso aparato hay en todas las obras sociales y de caridad burguesas. *La trata de blancas* que se quiso remediar con *junta de damas y caballeros*, es un ejemplo bien demostrativo. Lo que el trabajador no sepa conquistar por sí mismo, que no lo espere de la benevolencia de sus explotadores.

Extensión Universitaria

En su conferencia anterior nos había hablado el señor Gavilán de la composición de la leche, considerándola como el único alimento completo que nos ofrece la naturaleza.

El sábado trató de los medios prácticos de abastecer las poblaciones de leche abundante y buena.

Propuso el conferenciante que se asocien los propietarios formando una cooperativa semejante á las que funcionan en Suiza, ya que los aparatos que son precisos para asegurar las condiciones higiénicas de la leche no están al alcance de los pequeños propietarios. Esta asociación permitiría también unificar la leche destinada al consumo é imposibilitaría las falsificaciones. Demostró también que resultarían ventajas económicas para el propietario, pues el tanto por ciento que hoy cobran los vendedores al detalle compensaría bien los gastos.

Para evitar el desarrollo de microbios dañinos á la salud, ya que no es conveniente hervir la leche, se debe someter á la *pasteurización*, que consiste en elevar su temperatura hasta 75 ú 80 grados, refrigerándola enseguida á 15.

Cuando hay necesidad de sustituir la leche de la madre por alguna otra en la lactancia de los niños, debe antes *maternizarse*, esto es, igualarla á la de mujer. La leche de vaca, por ejemplo, se *materniza* añadiéndole agua y azúcar en cantidades determinadas.

Hasta hace poco en esta ciudad no se conocía más falsificación que la de añadir agua á la leche que se vende al público; pero ahora los falsificadores roban por partida doble, pues además de añadirle agua se le quita manteca. La leche desnatada ya no se puede llamar un alimento completo; pero tampoco resulta dañosa para la salud, por lo cual podría venderse al público á un precio inferior y haciendo constar que está desnatada. El robo consiste en venderla desnatada, ó aguada haciéndola pagar como buena.

La leche *condensada, esterilizada ó mez-*

clada con féculas, no tiene para la alimentación de los niños las buenas condiciones de la *maternizada y pasteurizada*.

Hablando de la manteca, señaló las deficiencias de la fabricación usual en nuestros campesinos, que la presentan muchas veces rancia, con mucha agua y mezclada con impurezas.

El queso menorquín es deficiente también, á pesar de las buenas condiciones de la primera materia, porque elaborándose en cada finca no es posible presentar un producto uniforme. Además, la codicia de algunos perjudica el crédito de todos, puesto que se dan al mercado quesos con exceso de agua y quesos desnatados, resecos y correosos.

El remedio á todos estos males, según el señor Gavilán, está en la asociación de los propietarios. Sin embargo, el mismo conferenciante no se mostró muy ilusionado de que tal asociación se realice en beneficio de los mismos propietarios y del público. Es costumbre calificar á los campesinos de ignorantes y rutinarios; pero esas calificaciones pueden aplicarse también con toda justicia, á la gran mayoría de los propietarios. Esa es la causa principal del atraso de la agricultura. La cooperación que el señor Gavilán preconiza sólo sería posible si los propietarios fuesen más ilustrados para saber lo que les conviene y menos maliciosos para no desconfiar unos de otros.

En resumen, que no tendremos leche en buenas condiciones de higiene y economía, mientras hayamos de fiarnos, de propietarios y de autoridades.

Mañana, sábado, disertará D. Lorenzo La fuente sobre *los rayos X*.

Ayer tarde se había proyectado celebrar una conferencia de Extensión Universitaria en Alayor, á la que tenían que asistir el catedrático D. José Pérez de Acevedo, el abogado D. Pedro Ballester y el maestro de aquella población D. Gabriel Comas.

En el número próximo daremos cuenta.

Rusia

Las noticias que vienen de Rusia confirman que el movimiento revolucionario se extiende á todas las provincias del gran imperio.

En ningún otro país el despotismo es tan cruel, tan brutal; ningún gobierno cuenta con una policía tan *bien organizada* y rigurosa, ejerciendo su vigilancia hasta en la vida privada de los ciudadanos. La prensa rusa es la menos libre del mundo y los periódicos son suprimidos á capricho, por publicar noticias *no agradables* á la misma policía ó por dejar de publicar lo que á esta le conviene. No pueden circular libros sin la licencia expresa del Santo Sínodo, ni se permite introducirlos de otras naciones, desplegándose en las fronteras un rigor extremado para perseguir el contrabando de libros. En resumen, el régimen interior de Rusia es la realización del sueño dorado de nuestros reaccionarios.

Sin embargo, á pesar de tantas violencias y de tantas precauciones, el espíritu revolucionario alienta en Rusia más vigoroso que en ningún país del mundo. Todas las clases sociales están *inficionadas*; campesinos, obreros industriales, estudiantes, el comercio, los hijos y las hijas de los nobles, y aun de los mismos gobernantes, todos sienten el anhelo de la libertad, la necesidad de obrar en contra de los déspotas odiosos. No sabemos si el movimiento actual se convertirá

en verdadera revolución, derribando el trono de los Czares; pero aunque no llegue á tanto, basta para patentizar la quiebra total del sistema que desean aplicar en todas partes los partidos reaccionarios.

No, con la guerra brutal, con el rigor, con la crueldad, no se mata á las ideas; al contrario, se provoca la rebeldía enérgica, se convierte en activos revolucionarios á los que serían ciudadanos pacíficos, se apresura la revolución en vez de contenerla.

Es por esto que el pueblo ruso irá á la revolución, sino hoy, mañana. Es por esto que habremos de ir á la revolución los españoles, porque los gobernantes son aquí cada día más reaccionarios, más entregados á los elementos clericales, odiados por el pueblo español que siente necesidad de nueva vida, necesidad de comer y de ser libre.

El pueblo español no ha hecho revoluciones; las ha dejado hacer á los políticos y á los generales, y es por esto que el pueblo español no ha conseguido ninguna ventaja de la serie de motines y pronunciamientos que llenan la historia del siglo diez y nueve.

Debemos prepararnos para hacer la revolución del pueblo en beneficio del pueblo; no en Rusia y en España solamente, sino en todas partes, en toda la superficie de la tierra.

Es necesaria la inteligencia de todos los trabajadores del mundo para hacer la revolución á beneficio de los trabajadores, la revolución social.

Para elevar los precios

Ha corrido por los periódicos la siguiente noticia:

«En vista de la baja considerable del algodón, los plantadores y negociantes de ciertas regiones del Sur han adoptado un remedio heroico, que es quemar una gran cantidad de dicho género *para elevar los precios*.

»Dos millones de balas de algodón [han sido condenadas á las llamas.

»La quema comenzó el miércoles en Georgia donde en este momento llamean miles de balas, cual si fueran fuegos artificiales.»

Este es el capitalismo. No se produce para satisfacer las necesidades humanas, sino para hacer negocio. Cuando para el negocio conviene disminuir la producción, pararla, ó destruir lo producido, se hace sin titubear. El afán del capitalista es producir barato y vender caro, esto es, pagar poco á los obreros productores, aunque les mate la miseria y la fatiga, y hacer pagar mucho á los consumidores, encareciendo la vida para todos.

Este es el capitalismo. De igual modo que en América quema el algodón *para elevar los precios*, aquí disminuye los salarios de los obreros bajo el pretexto de que estos han de sostener las industrias *á fuerza de hambre*.

El sistema capitalista es incompatible con el bienestar de los trabajadores.

La taberna

Entre los vicios populares que causan mayores males y perjuicios y que constituyen la más tremenda amenaza para nuestra raza, ocupa el lugar prominente el vicio del alcohol. Está desarrollado por todas partes y como inmenso pulpo chupa la vida del organismo social.

Tristeza infinita causa ver las multitudes que más parecen espectros que seres vivientes, sin afecciones ni sentimientos, con el cerebro ofuscado en lo absoluto y en actitud siempre de idiotas y que, sin vergüenza ni dignidad, pululan por doquiera. El alcohol se ha encargado de la ingrata tarea de transformar hombres fuertes en seres degenerados, así en la parte física como en la moral, y más que causar conmiseración y lástima deberían inspirar indignación.

Si grande es el perjuicio que el ebrio causa á su naturaleza, toda vez que la conduce hasta el agotamiento, hay algo, sin embargo, de más trascendencia en ese vicioso, algo que lo hace reo de un delito, de un crimen:

legar á sus descendientes una herencia forzosa de enfermedades y sinsabores, una pesada cadena que arrastrarán toda la vida y les impedirá la libertad de acción.

El ebrio consuetudinario, raquíico, encenque, mal alimentado, produce vástagos cuyo aspecto hace desde luego concebir la multitud de calamidades porque habrán de pasar y lo amarga é ingrata que tendrá que ser para ellos la existencia. Y como si esto no fuera bastante, ese ebrio consuetudinario llega al hogar vomitando obscenidades y golpeando infame á la madre de sus hijos, dando á éstos el más malo de los ejemplos, grabando en sus cerebros recuerdos inolvidables, matando en embrión las buenas ideas y sirviendo de maestro y propagador de las más relajadas costumbres. En vano el maestro de escuela luchará por inculcar en el corazón infantil sanas doctrinas y levantados principios; algo más potente ahogará todo eso y lo hará desaparecer: el ejemplo del padre ebrio en el hogar.

De ahí lo criminal que resulta el ebrio; de ahí que no merezca lástima sino desprecio.

El ebrio resulta siempre un mal hombre; pero si es padre de familia, resulta el peor de los criminales.

RAFAEL MARTÍNEZ

ECOS Y COMENTARIOS

Suponemos que á estas horas estarán en libertad los compañeros Clariá, Soler y todos los incluídos en el indulto concedido últimamente para los *delitos de imprenta*.

En cambio, parece que no entran en el indulto los obreros presos con motivo de huelgas.

Así los gobernantes ejercen de magnánimos y continúan prestando sus buenos servicios *al señor Kapital*.

Para la emancipación obrera es más práctico el sistema ruso. Tiranía franca en lo alto y rebelión decidida en los de abajo. Mejor es eso que la hipocresía gubernamental española y la pasividad de los obreros vejados y oprimidos.

Con motivo de los acontecimientos de Rusia, se agita en toda Europa la cuestión antimilitarista, celebrándose mitines y conferencias y publicándose hojas y folletos en las principales poblaciones.

El pueblo no quiere ir á la guerra; los trabajadores de todos los países, en vista de los horrores de la guerra ruso-japonesa, piensan que también á ellos podría alcanzarles semejante suerte y se preparan á impedirlo por todos los medios estableciendo una Internacional antimilitarista en frente de la Internacional de gobernantes y capitalistas promovedores de guerras.

Por de pronto hay que dar fuerza moral á los revolucionarios rusos, y estorbar que cualquier otro gobierno, si llegase el caso, pudiese acudir en auxilio del Czar; al mismo tiempo hemos de prevenirnos para que nunca más los gobiernos puedan llevarnos á las matanzas de la guerra.

L' Univers, la Terre, l' Home, por Juan S. Barrés.—Este libro ha sido publicado por *Le Reformiste* (18 rue du Mail, París), donde se halla á la venta al precio de 1'50 céntimos.

La tendencia de la obra es científica, social y espiritualista. Está escrita con la ortografía reformada, de que *Le Reformista* es constante propagador.

CORRESPONDENCIA

Sevilla.—F. G. M. Recibido el paquete de *Sociología del obrero*.

Cullera.—A. P. Recibidos sellos. Queda liquidado hasta el número 181. Enviad 25 ejemplares de *Un día de elecciones*.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero».